

La auténtica solidaridad

A veces existe una visión demasiado política de los hechos, olvidando la incidencia humana que es capital. Aunque la política sea, por naturaleza, establecida para el buen orden de las relaciones entre los ciudadanos de una comunidad, demasiado a menudo se convierte en una abstracción que arrincona a los hombres y mujeres, supremos protagonistas de la historia que se hace cada día. Para la mayoría de españoles, por ejemplo, el País Vasco es el más grave problema político de España y todo se ve en función de este hecho. Tiene, evidentemente, unas dramáticas conexiones humanas con el terrorismo y la sangre que sistemáticamente se derrama con violencia, pero no todo es política en Euskadi. Y lo hemos visto ahora con las trágicas inundaciones que han asolado su verde paisaje y han arañado con rabia los lugares donde forjó un pueblo su riqueza: sus industrias, sus campos de labor, el esfuerzo capitalizado de la voluntad de crear y crecer.

El drama del País Vasco ha sido el drama de España. Nadie, en la resaca piel de toro, se ha sentido indiferente ante la magnitud de la catástrofe provocada por las aguas desbordadas y enloquecidas, por la lluvia que lo arrastra todo y hacia saltar los resortes de seguridad. Nadie, en la preocupada España de la crisis, ha caído en la trampa del egoísmo y la insensibilidad. La solidaridad, palabra tan usada y en ocasiones con fines interesados y poco generosos, se ha disparado con espontánea fuerza y desde los cuatro puntos cardinales de la península han surgido las ofertas de ayuda, las ayudas reales antes que la misma oferta y, lo que es más importante, la visible angustia compartida, la fraterna unión en el dolor. Esto es solidaridad auténtica, este es el inmenso valor moral de estas horas amargas que viven Euskadi y España entera. Una solidaridad que no es palabra de mítin ni tiene que ser convertida en ley. Un sentimiento que desborda, como las aguas del mal, todas las posibilidades del bien. A las voces de auxilio, al silencio del dolor ha contestado todo el país, movilizándolo las mejores y más sinceras voluntades. Desde el Rey y el presidente del gobierno, con su presencia en la tierra martirizada por los elementos desatados, hasta el aliento y la colaboración de todas las comunidades autónomas de España —la catalana una de las primeras—, hasta las lágrimas del más sencillo de los habitantes de esta España plural, pero única en los momentos en que debe ser mostrada la grandeza moral de una vieja historia compartida, de una antigua hermandad elaborada por los siglos.

Muchas veces las penas sirven para mostrar la calidad de las reservas de amor fraterno que es capaz de atesorar un pueblo. Esta es la gran compensación del sufrimiento del País Vasco en estas horas patéticas. La solidaridad se convierte en algo vivo, palpante y activo. Deja de ser retórica para convertirse en actitud operante. Deja de ser política para transformarse, sencillamente, en presencia humana.

Hacia otro modelo de Seguridad Social

INSUPERABLES tensiones financieras obligan a España —al igual que a la práctica totalidad de naciones desarrolladas— a replantearse el propio concepto y el alcance de las prestaciones de la Seguridad Social, entendida no sólo como una serie de servicios sino como el resultado de una visión del Estado que se ha quedado obsoleta. En efecto, durante un período cuyo inicio puede establecerse al final de la Segunda Guerra Mundial y que concluye aproximadamente en 1973, fecha de la primera crisis energética, las economías industrializadas del mundo occidental crecieron a un ritmo que les permitió alcanzar niveles de prosperidad desconocidos hasta entonces y, al propio tiempo, desarrollar una serie de mecanismos que permitieran a sus ciudadanos una vejez desahogada. De esta forma, el «Estado del Bienestar» cobró carta de naturaleza en distintos grados según las características y tendencias políticas de los gobiernos respectivos, desde el completísimo conjunto de servicios sociales ofrecido por la socialdemocracia sueca hasta un sistema mucho más basado en la iniciativa privada como el de los Estados Unidos.

En los presupuestos de la Seguridad Social española para 1984, cuyos gastos están previstos en más de tres billones de pesetas, las pensiones superan el billón ochocientos mil pesetas. El hecho dramático, impuesto de alguna forma por la crisis y por el advenimiento de la democracia en España, que ha hecho imposible desatender por más tiempo las legítimas reivindicaciones de los económicamente menos poderosos, ha hecho que la base de población activa sea cada vez menos importante en relación a las llamadas clases pasivas. Es un fenómeno que no está exclusivamente circunscrito a España, puesto que todos los países, en mayor o menor medida, se están enfrentando al hecho de que el Estado ya no puede hacer frente por sí sólo a la totalidad de sus compromisos de carácter social.

Ante esta tesitura, que obviamente no permite soluciones simplistas, sí caben una serie de reflexiones. En primer lugar, una que es resultado de la más elemental justicia: ante este problema no caben atajos, es decir, no puede hacerse pagar a los que ahora acceden a la tercera edad, tras haber cumplido religiosamente con sus cotizaciones, todo el peso de las actuales insuficiencias financieras. En segundo lugar, hay que abandonar la hipersensibilidad ante los tabúes: si el Estado ya no llega, hay que ir proyectando una cierta privatización de la asistencia social y sanitaria. En tercer lugar, hay que poner en práctica a la mayor brevedad sistemas que han alcanzado un notable éxito en otros países, como los fondos de pensiones.

En definitiva, hay que ir a un sistema de tres niveles, en el que el Estado garantice un techo mínimo de prestaciones, instituciones semipúblicas, fruto de la colaboración de la empresa y el empleado —como los fondos de pensiones— proporcionarán una protección complementaria y, finalmente, la iniciativa privada —especialmente las compañías de seguros, insuficientemente desarrolladas en nuestro país— completarán la asistencia integral del ciudadano en su bien merecido retiro.

La ceremonia de las despedidas

LEO ahora, y con bastante retraso por cierto, «La cérémonie des adieux» de Simone de Beauvoir. El libro había sido recibido con notable aprensión por algunos comentaristas. La verdad es que el relato de los diez últimos años de vida de Jean-Paul Sartre no deja de ser angustioso. Como lo suelen ser los que se ocupan de la decadencia final de cualquier personaje ilustre, más o menos «mítico». ¿Cómo no recordar, por ejemplo, las páginas que Thomas de Quincey dedicó al viejo Kant? El tiempo no perdona a nadie: el cuerpo se deteriora, y las miserias fisiológicas abruma, y la lucidez mental sufre eclipses o se diluye. Desde luego, eso ocurre cada día y en cada casa. El hecho de «narrarlo», y de narrarlo para el público y con la preferencia de testigo íntimo, es lo que produce un amargo maletar. Madame de Beauvoir ya lo hizo; otra vez, con la agonía de su madre, devorada por un cáncer. Era un papel impresionante. Este, sobre Sartre, también lo es. Y, sobre todo, porque Sartre era Sartre.

Por lo general, este tipo de episodios acostumbra a reservarse para las conversaciones familiares, y todos tendemos a olvidarlos enseguida. Parece indecente convertirlos en «literatura». No en tanto que acontecimientos terriblemente humanos —o simplemente humanos— sino en la medida que se nos presentan como biografía de alguien «conocido». Unamuno decía que, a estas alturas, Cervantes y don Quijote ya son, ambos, puros antes de ficción: sólo existen sobre el papel. De acuerdo: hasta cierto punto; por lo menos. Pero Sartre sigue siendo todavía próximo: aun sin haberle visto nunca, le recordamos vivo, por sus libros recientes, por su voz en el radio, por sus peripécias políticas, por lo que nos admiró o nos irritó. Y es toda una diferencia. Para nosotros, en todo caso. Albert Camus murió bastante joven y en un accidente de carretera: fue una muerte «absurda», y nunca más bien dicho hablando de Camus. Pero lo de Sartre ha sido una muerte «lógica»: la que impone una edad avanzada. Más triste, sí cabe.

Porque el desmoronamiento corporal es, si se me permite la palabra, «feo». El anciano pierde el control de sus esfínteres, padece vacíos de memoria y de razonamiento, delira a veces, se queda ciego o le flaquean los miembros. Todo ello, y más, reseña la Beauvoir, sobre Sartre. Y sus borracheras, sus sopores, sus caprichos seniles. No es que uno crea que los grandes «monstruos» intelectuales hayan de morir de manera distinta a, como mueren los albañiles o los presidentes de consejos de administración. Pero... Pero tampoco está nada mal que se nos muestre que es así. Somos humanos, y nada de lo humano nos es ajeno, incluyendo a cualquier Premio Nobel en estas lamentables posturías. La estampita de Sócrates bebiendo su cicuta como un cubata, y charlando con sus contortulios, tuvo que ser una invención hagiográfica, y, aunque no lo fuese, no sirve de modelo. Cuando, por las noches, el valentudinario Kant se levantaba de la cama para ir a mear, ataba un cordel en el mueble donde dormía para, luego, usándolo como guía, poder regresar a su colchón. No es cosa de reírse. Lo de Sartre aún fue más penoso.

Y lo interesante de la obra de Simone de Beauvoir es la parte en que recoge unas largas conversaciones con el filósofo amigo, y le obliga a recapitular su «vida». En Francia, la literatura siempre ha sido algo así como los toros en España: su «fiesta nacional». Y los avatares y las discusiones de sus intelectuales siempre tienen un determinado interés. La Francia de la última posguerra dio pie a muchas «anécdotas» apasionantes. Quizá, juzgadas hoy, resulten un tanto gro-

tescas, o siniestras. La misma Beauvoir, en su novela «Les Mandarins», relató lo que le tocaba de cera. Y lo más curioso de todo es el caso del propio Sartre, escritor poco precoz, pensador embrollado, político de una ingenuidad total. El no tiene inconveniente en confesarlo, en su recapitulación. Uno se pregunta, sin embargo, cómo un hombre como él dio tantos bandazos y tropezó tantas veces con la misma piedra. Supongo que esa «piedra» era su filosofía...

Se acercó a los comunistas, y los comunistas le rechazaron o le acogieron, según sus conveniencias. Fue el error que siempre cometió la gente de este partido, en Francia y en otras partes: el de reunir «prestigios» sin parar mientes en lo que tales «prestigios» eran de veras. Y no eran, para empezar, marxistas. Sartre nunca llegó a entender a Marx, y, si lo entendió, lo dejó de lado, porque no «encajaba» con su existencialismo. Y como él, Gide, Koestler, Silone, Spender, y tantísimos más. Garaudy, sin ir más lejos, que, en apariencia fue un stalinista furibundo, y acabó demostrando que nunca pasó de ser un pobre seminarista esquizofrénico. Al sur de los Pirineos se repitió la historieta con individuos como Claudin o el profesor Tamames, que han simulado rechazar el «partido» cuando el secreto es que nunca comprendieron de veras la «doctrina». Sartre ni siquiera se molestó en hacerlo, porque, en definitiva, el existencialismo —que fue o no fue un «humanismo», su existencialismo era, filosóficamente, una teoría idealista más.

Da la impresión, a través de sus diálogos con la Beauvoir, que Sartre «cuajó» como existencialista a raíz de que, prisionero de los alemanes, un jefe nazi le obsequió con «El ser y el tiempo» de Heidegger. No ha de sorprendernos lo demás, por consiguiente. El problema, después, para Sartre fue compaginar su Heidegger y su tradición liberal francesa. Más tarde «descubrió» al proletariado. Mucho más tarde. Y para él, el proletariado nunca pasó de ser una categoría sociológica, teñida de reminiscencias románticas, y no el presunto protagonista de la «lucha final». Basta hojear unos cuantos números de su revista, «Les Temps Modernes», para ver en qué lío intelectual se debatían él y sus compañeros. El ya casi olvidado Merleau-Ponty era uno de ellos. Eran textos muy inteligentes, por supuesto, y muy retorcidos. Digo «retorcidos» porque toda aquella fauna quería nadar y guardar la ropa: ser «socialistas en libertad», como dicen ahora. Y el asunto no era —ni es— tan sencillo. A Sartre, que nunca fue muy «prosoviético», le costó Dios y ayuda admitir que en la URSS, Stalin nunca pasó de ser un «tirano» en la clásica acepción del término.

Y se encandiló con Castro. Castro ya pensaba, y quizá había dicho, que «una revolución no es un guateque». Lenin lo dijo también, pero más crudamente. Y Sartre, de genealogía republicana y jacobina, pensaba en el «Terror» de Robespierre y los otros: un regicidio de tontos y unas matanzas de clase, insignificantes, que llevarán la burguesía al poder. Llevaron al poder a la burguesía y a sus «libertades formales», que eran las únicas que Sartre, como buen francés de no-sé cuántas repúblicas, era capaz de imaginar. Y a la vejez, viruelas. Se hizo maoísta. Ser maoísta, por los años 70-80, en Europa, era una manera de hacer la puñeta a los comunistas ortodoxos. ¿No era, en el fondo, una opción ácrata? Recuerdo un libro de Roger Garaudy, colocado en la polémica chinorusa —o chino-soviética, si ustedes lo prefieren—, en el cual el seminarista entonces oficial de PCF, sostenía que

Mao no podía ser marxista porque Marx pertenece a la tradición filosófica occidental —aristotélica, en el fondo—, y Mao deriva de las vaguedades metafísicas orientales. Garaudy tenía razón. ¿Qué consistencia «doctrinal» tuvo nunca el maoísmo en Europa?

Sartre murió creyéndose maoísta. Ni maoísta ni nada. Como todos los demás maoístas franceses de la época, no fue más que un liberal radicalizado, y un liberal radicalizado, de la especie de los «letratenientes» —como diría Manuel Sacristán—, se convierte en un ácrata sin saberlo. Es una enfermedad que padecemos muchos. Y Mao no tiene nada que ver con la maniobra. Ni Marx. Mao leyó a Marx, pero tuvo que ocuparse de China, país que no se prestaba a la interpretación «manchesteriana» del capitalismo que Marx y Engels postulaban. China era otro «mundo». De ahí los malentendidos subsiguientes. Pero Sartre no se detuvo a reflexionar sobre estas amarguras: lo suyo era si la «existencia» era anterior a la «esencia» o viceversa. O si Flaubert fue así o así. O Baudelaire, o Jean Genet. Como una momia sagrada fue exhibido en mítines, manifestaciones, algaradas. Fue una manera de precipitar su defunción.

Y en resumidas cuentas, ¿qué? Ahí están sus libros incitantes, unos más y otros menos. Hay Sartre para rato. El se asignaba una posteridad de cincuenta años. Será más duradera. Un historiador de las ideas, dedicado al siglo XX, y al XXI, habrá de tener en cuenta a Sartre y a lo que de Sartre deriva. Su tentativa de articular una filosofía, y, sobre todo, o en consecuencia, una ética basada en lo que él llamaba la «libertad», seguirá dando mucho de sí. En definitiva, Sartre fue uno de los pocos filósofos radicalmente «ateos», y desde ese ateísmo tenía que justificar una moral: un orden de «valores». Que lo consiguiese o no, es lo de menos. ¿Prometeo o Sísifo? Un estudiante francés, con solos los libros de Gide, de Camus y de Sartre, podría definir adónde llegaron. Y Marx aparte, naturalmente. Ni el Prometeo de Gide ni el Sísifo de Camus, ni la entera filosofía de Sartre, tienen en cuenta la plusvalía, ni los modos de producción ni todo eso. O sólo para lamentarse de la desgracia proletaria o colonial, remota, meramente referencial.

Sartre pasó por esta vida terrenal «filosofando». Cuando empezó a filosofar sobre sí mismo, ya no podía escribir: estaba ciego, se le enredaba la lengua, se le iba el santo al cielo. Escribió todavía «Les Mots». Pero ahí acabó todo. Supongo que Mme. Beauvoir debe conservar cantidades inmensas de apuntes de Sartre, y cartas sus corresponsales. Estos inéditos saldrán a la luz un día u otro. Y no será otro Sartre el que veremos: el mismo pero más diverso y más disperso. Y su «existencialismo» pasará a las vitrinas académicas donde muestran a los estudiantes todas las filosofías que en el mundo han sido (y para que se hagan escépticos). Continuará teniendo lectores, muchos lectores. Y seguirá figurando como un «símbolo» desafiante contra el mundo horrible en que vivimos y que él compartía. Simone de Beauvoir, ya con sus mejillas arrugadas y su pluma temblorosa, no añadirá nada de nuevo. Como no añadió nada de nuevo a su «Segundo sexo», obra mediocrementemente feminista y bastante boba. Le llegará su turno: su «Cérémonie des adieux», y le faltará Sartre. Pero eso es la vida: alguien se muere antes, y nos fastidia. Alguien a quien queremos, se entiende.

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

Gajes gubernamentales

Señor Director:
En «La Vanguardia» del día 31-7-83, venía una nota con la aprobación del nuevo estatuto por el Gobierno, concediendo a los ex presidentes de Gobierno, coche, dos millones anuales, dos funcionarios a su servicio, gratuidad en transportes por mar, tierra, aire, etcétera.

Creo que estos señores tendrán sus propios negocios, además de que por el hecho de haber gobernado se habrán relacionado bien y podrán emprender nuevas actividades lucrativas.

Pues bien, para esto sí tiene dinero el Gobierno, pero para solucionar los graves problemas y penurias que con los nuevos aumentos de *todo* pasan los pensionistas y jubilados, no. Han bloqueado las pensiones durante un año a pesar de sus promesas electorales. El Estado no puede con tanta carga.

Hay cosas incomprensibles, ¿o es que se están preparando el camino?

Los países de bus que se concedían a los 60 años, ahora se han alargado hasta los 65. Todo facilidades.

Francesca MARINE

Jubilaciones anticipadas

Señor Director:
El señor Almunia dice que ahora adelantar la jubilación a los 64 años significan 40.000 millones; lo cual es lógico si tomamos como punto de partida el estudio efectuado por UGT hace unos 4 o 5 años, cuando ya costaba 13.000 millones. No creo que esto le haya resultado una sorpresa al señor ministro. Ahora, después de pagar una buena suma de años y velar por que entran todos los conceptos que la ley permite para su cotización, no sólo resulta que nos quieren escamotear la promesa de los 64, aplazándola poco me-

nos que «sine die», sino que incluso debemos repartir lo que resulte de jubilación, para compensar las más bajas. O sea que en vez de mejorar, seremos más a reclamar el aumento de pensiones. Y a nosotros ¿quién nos devolverá lo que se haya cotizado de más?, ¿y por qué tenemos que ser los del mismo colectivo de pensionistas los que nos repartamos las migajas? Gracias, PSOE.

José PAMIES CARULLA
(Igualada)

Crusafont y el valle de Arán

Señor Director:
Al leer recientemente en «La Vanguardia» el sentimiento general por la muerte del eminente paleontólogo, don Miquel Crusafont i Pairó, he visto que se resalta con justicia su importante labor científica, por lo que todos

sentimos su pérdida como cosa propia, pero noto una omisión, para mí, de una faceta extremadamente simpática, al revisar la trayectoria de su vida en años anteriores.

El doctor Crusafont publicó en Sabadell, en 1965, un libro maravilloso, prologado por Joan Oliver, y con delicadas ilustraciones de Anna Maria Crusafont; el título era «A contrarcor del temps (Narracions de l'Alt Arán)».

Entre las ilustraciones (realizadas con una firme y sencilla elegancia) destaca el Casal de Brastet, en Unya. La narración es espontánea, algo nostálgica y enamorada del Alto Arán (Sallardú, Gessa, Unya, y otras localidades), con una referencia ilustrada de Arrós.

Ese amor al Valle de Arán, con el que me siento identificado, muestra una faceta eminentemente fallecido que creo históricamente conveniente recordar, para unir su memoria a la de tantos otros que han visto en la tierra aranesa unos valores que supieron plasmar en sus obras.

Melquíades CALZADO
DE CASTRO